Memoria del fuego 3. El siglo del viento. Eduardo Galeano. Ilustrado por Luis Felipe Noé

1910
Colonia Mauricio

Tolstói

Desterrado por pobre y por judío, Isaac Zimerman vino a parar a la Argentina. La primera vez que vio un mate creyó que era un tintero, y la lapicera le quemó la mano. En esta pampa levantó su rancho, no lejos de los ranchos de otros peregrinos también venidos de los valles del río Dniéster; y aquí hizo hijos y cosechas.
Isaac y su mujer tienen muy poco, casi nada, y lo poco que tienen lo tienen con gracia. Unos cajones de verdura sirven de mesa, pero el mantel luce siempre almidonado, siempre muy blanco, y sobre el mantel las flores dan color y las manzanas, aroma.
Una noche, los hijos encuentran a Isaac sentado ante esa mesa, con la cabeza entre las manos, derrumbado. A la luz de la vela le descubren la cara mojada. Y él les cuenta. Les dice que por pura casualidad acaba de enterarse de que allá lejos, en la otra punta del mundo, ha muerto León Tolstói. Y les explica quién era ese viejo amigo de los campesinos, que tan grandiosamente supo retratar su tiempo y anunciar otro.

1910
La Habana

El cine

Escalerita al hombro anda el farolero. Con su larga pértiga enciende las mechas, para que pueda la gente caminar sin tropiezos por las calles de La Habana.
En bicicleta anda el mensajero. Lleva rollos de películas bajo el brazo, de un cine al otro, para que pueda la gente caminar sin tropiezos por otros mundos y otros tiempos y flotar en el alto cielo junto a una muchacha sentada en una estrella.
Dos salas tiene esta ciudad consagradas a la mayor maravilla de la vida moderna. Las dos ofrecen las mismas películas. Cuando el mensajero se demora con los rollos, el pianista entretiene a la concurrencia con valses y danzones, o el acomodador recita selectos fragmentos de *Don Juan Tenorio.* Pero

el público se come las uñas esperando que en la oscuridad resplandezca la mujer fatal con sus ojeras de dormitorio o galopen los caballeros de cota de malla, a paso de epilepsia, rumbo al castillo envuelto en niebla.

El cine roba el público del circo. Ya no hace cola la multitud por ver al bigotudo domador de leones, ni a la Bella Geraldine envainada en lentejuelas, refulgiendo de pie sobre el percherón de ancas enormes. También los titiriteros abandonan La Habana y se van a deambular por playas y pueblos, y huyen los gitanos que leen la ventura, el oso melancólico que baila al son del pandero, el chivo que da vueltas sobre el taburete y los escuálidos saltimbanquis vestidos de ajedrez. Todos ellos se van de La Habana porque la gente ya no les arroja monedas por admiración sino por lástima.

No hay quien pueda contra el cine. El cine es más milagroso que el agua de Lourdes. Con canela de Ceilán se cura el frío de vientre, con perejil el reuma y con cine todo lo demás.

1910
Ciudad de México

El Centenario y el amor

Por cumplirse cien años de la independencia de México, todos los burdeles de la capital lucen el retrato del presidente Porfirio Díaz.

En la ciudad de México, dos de cada diez mujeres jóvenes ejercen la prostitución. Paz y Orden, Orden y Progreso: la ley regula este oficio tan numeroso. La ley de burdeles, promulgada por don Porfirio, prohíbe practicar el comercio carnal sin el debido disimulo o en las cercanías de escuelas e iglesias. También prohíbe la mezcla de clases sociales *–en los burdeles sólo habrá mujeres de la clase a la que pertenezcan los clientes–,* a la par que impone controles sanitarios y gravámenes y obliga a las matronas *a impedir que sus pupilas salgan a la calle reunidas en grupos que llamen la atención.* No siendo en grupos, pueden salir: condenadas a malvivir entre la cama, el hospital y la cárcel, las putas tienen al menos el derecho a uno que otro paseíto por la ciudad. En este sentido, son más afortunadas que los indios. Por orden del presidente, indio mixteco casi puro, los indios no pueden caminar por las avenidas principales ni sentarse en las plazas públicas.

1910
Ciudad de México

El Centenario y la comida

Se inaugura el Centenario con un banquete de alta cocina francesa en los salones del Palacio Nacional. Trescientos cincuenta camareros sirven los platos preparados por los cuarenta cocineros y sesenta ayudantes que actúan a las órdenes del eximio Sylvain Daumont.
Los mexicanos elegantes comen en francés. Prefieren la *crêpe* a la tortilla de maíz, parienta pobre aquí nacida, y los *oeufs cocotte* a los huevos rancheros. La salsa *béchamel* les resulta mucho más digna que el guacamole, por ser el guacamole una deliciosa pero muy indígena mezcla de aguacate con tomate y chile. Puestos a elegir entre la pimienta extranjera y el chile o ají mexicano, los señoritos reniegan del chile, aunque después se deslicen a hurtadillas hasta la cocina de casa para comerlo a escondidas, molido o entero, acompañante o acompañado, relleno o solo, desnudo o sin pelar.

1910
Ciudad de México

El Centenario y el arte

No celebra México su fiesta patria con una muestra de artes plásticas nacionales, sino con una gran exposición de arte español, traída desde Madrid. Para que los artistas españoles se luzcan como merecen, don Porfirio les ha construido un pabellón especial en pleno centro.
En México hasta las piedras del edificio de Correos han venido de Europa, como todo lo que aquí se considera digno de ser mirado. De Italia, Francia, España o Inglaterra llegan los materiales de construcción y también los arquitectos, y cuando el dinero no alcanza para importar arquitectos, los arquitectos nativos se encargan de levantar casas igualitas a las de Roma, París, Madrid o Londres. Mientras tanto, los pintores mexicanos pintan Vírgenes en éxtasis, rechonchos cupidos y señoras de alta sociedad al modo euro-

peo de hace medio siglo y los escultores titulan en francés, *Malgré Tout, Désespoir, Après l'Orgie,* sus monumentales mármoles y bronces.
Al margen del arte oficial y lejos de sus figurones, el grabador José Guadalupe Posada es el genial desnudador de su país y de su tiempo. Ningún crítico lo toma en serio. No tiene ningún alumno, aunque hay un par de jóvenes artistas mexicanos que lo siguen desde que eran niños. José Clemente Orozco y Diego Rivera acuden al pequeño taller de Posada y lo miran trabajar, devotamente, como en misa, mientras van cayendo al suelo las virutas de metal al paso del buril sobre las planchas.

1910
Ciudad de México

El Centenario y el dictador

En el apogeo de las celebraciones del Centenario, don Porfirio inaugura un manicomio. Poco después, coloca la primera piedra de una nueva cárcel. Condecorado hasta en la barriga, su emplumada cabeza reina allá en lo alto de una nube de sombreros de copa y cascos imperiales. Sus cortesanos, reumáticos ancianos de levita y polainas y flor en el ojal, bailan al ritmo de *Viva mi desgracia,* el vals de moda. Una orquesta de ciento cincuenta músicos toca bajo treinta mil estrellas eléctricas en el gran salón del Palacio Nacional.
Un mes entero duran los festejos. Don Porfirio, ocho veces reelegido por él mismo, aprovecha uno de estos históricos bailes para anunciar que ya se viene su noveno período presidencial. Al mismo tiempo, confirma la concesión del cobre, el petróleo y la tierra a Morgan, Guggenheim, Rockefeller y Hearst por noventa y nueve años. Lleva más de treinta años el dictador, inmóvil, sordo, administrando el más vasto territorio tropical de los Estados Unidos.
Una de estas noches, en plena farra patriótica, el cometa Halley irrumpe en el cielo. Cunde el pánico. La prensa anuncia que el cometa meterá la cola en México y que se viene el incendio general.

1911
Anenecuilco

Zapata

Nació jinete, arriero y domador. Cabalga deslizándose, navegando a caballo las praderas, cuidadoso de no importunar el hondo sueño de la tierra. Emiliano Zapata es hombre de silencios. El dice callando.

Los campesinos de Anenecuilco, su aldea, casitas de adobe y palma salpicadas en la colina, han hecho jefe a Zapata y le han entregado los papeles del tiempo de los virreyes, para que él sepa guardarlos y defenderlos. Ese manojo de documentos prueba que esta comunidad, aquí arraigada desde siempre, no es intrusa en su tierra.

La comunidad de Anenecuilco está estrangulada, como todas las demás comunidades de la región mexicana de Morelos. Cada vez hay menos islas de maíz en el océano del azúcar. De la aldea de Tequesquitengo, condenada a morir porque sus indios libres se negaban a convertirse en peones de cuadrilla, no queda más que la cruz de la torre de la iglesia. Las inmensas plantaciones embisten tragando tierras, aguas y bosques. No dejan sitio ni para enterrar a los muertos:

–Si quieren sembrar, siembren en macetas.

Matones y leguleyos se ocupan del despojo, mientras los devoradores de comunidades escuchan conciertos en sus jardines y crían caballos de polo y perros de exposición.

Zapata, caudillo de los lugareños avasallados, entierra los títulos virreinales bajo el piso de la iglesia de Anenecuilco y se lanza a la pelea. Su tropa de indios, bien plantada, bien montada, mal armada, crece al andar.

1911
Ciudad de México

Madero

Mientras Zapata desencadena la insurrección en el sur, todo el norte de México se levanta en torno a Francisco Madero. Al cabo de más de treinta años de trono continuo, Porfirio Díaz se desploma en un par de meses.

Madero, el nuevo presidente, es virtuoso hijo de la Constitución liberal. El quiere salvar a México por la vía de la reforma jurídica. Zapata exige la reforma agraria. Ante el clamor de los campesinos, los nuevos diputados prometen estudiarles la miseria.

1911
Campos de Chihuahua

Pancho Villa

De todos los jefes norteños que han llevado a Madero a la presidencia de México, Pancho Villa es el más querido y queredor.
Le gusta casarse y lo hace a cada rato. Con una pistola en la nuca, no hay cura que se niegue ni muchacha que se resista. También le gusta bailar el tapatío al son de la marimba y meterse al tiroteo. Como lluvia en el sombrero le rebotan las balas.
Se había echado al desierto muy temprano:
–Para mí la guerra empezó cuando nací.
Era casi niño cuando vengó a la hermana. De las muchas muertes que debe, la primera fue de patrón; y tuvo que hacerse cuatrero.
Había nacido llamándose Doroteo Arango. Pancho Villa era otro, un compañero de banda, un amigo, el más querido: cuando los guardias rurales mataron a Pancho Villa, Doroteo Arango le recogió el nombre y se lo quedó. El pasó a llamarse Pancho Villa, contra la muerte y el olvido, para que su amigo siguiera siendo.

1911
Machu Picchu

El último santuario de los incas

no había muerto, pero estaba dormido. El río Urubamba, espumoso, rugidor, llevaba siglos echando su poderoso aliento sobre las piedras sagradas, y esos vapores las habían cubierto con un manto de espesa selva que les guardaba el sueño. Así había seguido siendo secreto el baluarte final de los incas, la morada última de los reyes indios del Perú.
Entre montañas de nieve que no figuran en los mapas, un arqueólogo norteamericano, Hiram Bingham, encuentra Machu Picchu.
Un niño de por aquí lo lleva de la mano a lo largo de los despeñaderos hasta el alto trono enmascarado por las nubes y por la vegetación. Bingham descubre las blancas piedras vivas bajo el verdor y las revela, despiertas, al mundo.





1912
Quito

Alfaro

Una mujer alta, toda vestida de negro, maldice al presidente Alfaro mientras clava el puñal en su cadáver. Después levanta en la punta de un palo, bandera flameante, el ensangrentado jirón de su camisa.

Tras la mujer de negro, marchan los vengadores de la Santa Madre Iglesia. Con sogas van arrastrando, por los pies, al muerto desnudo. Desde las ventanas, llueven flores. Chillan vivas a la religión las viejas comesantos, tragahostias, cuentachismes. Se enchastran de sangre las calles empedradas, que los perros y las lluvias nunca podrán lavar del todo. En el fuego culmina la carnicería. Se enciende una gran hoguera y allí echan lo que queda del viejo Alfaro. Después pisotean sus cenizas los matones y los hampones a sueldo de señoritos.

Eloy Alfaro había osado expropiar las tierras de la Iglesia, dueña de mucho Ecuador, y con sus rentas había creado escuelas y hospitales. Amigo de Dios pero no del Papa, había implantado el divorcio y había liberado a los indios presos por deudas. A nadie odiaban tanto los de sotana ni temían tanto los de levita.

Cae la noche. Huele a carne quemada el aire de Quito. La banda militar toca valses y pasillos en la retreta de la Plaza Grande, como todos los domingos.

Coplas tristes del cancionero ecuatoriano

No se me acerque nadie.
Háganse a un lado:
tengo un mal contagioso,
soy desdichado.

Solo soy, solo nací,
solo me parió mi madre,
y solito me mantengo
como la pluma en el aire.

¿Para qué quiere el ciego
casa pintada,
ni a la calle balcones,
si no ve nada?



1912
Cantón Santa Ana

Crónica de costumbres de Manabí

Eloy Alfaro había nacido en la costa del Ecuador, en la provincia de Manabí. En esta tierra caliente, comarca de insolencias y violencias, nadie ha hecho el menor caso de la ley de divorcio que Alfaro sacó adelante contra viento y marea: aquí es más fácil enviudar que enredarse en trámites. En la cama donde dos se duermen, a veces despierta uno. Los manabitas han ganado fama de pocas pulgas, ningún dinero y mucho corazón.
Martín Vera era un raro en Manabí. Se le había herrumbrado el cuchillo, de tanto tenerlo quieto en la vaina. Cuando el cerdo de los vecinos se metió en su tierrita, y le comió las yucas, Martín fue a hablar con ellos, con los Rosado, y buenamente les pidió que lo encerraran. A la segunda escapada, Martín se ofreció a reparar, gratis, las destartaladas paredes del chiquero. Pero a la tercera correría, mientras el cerdo retozaba en los cultivos, Martín le disparó un tiro de escopeta. Cayó el pernicioso cuan redondo era. Los Rosado lo arrastraron hacia su tierra, para darle porcina sepultura.
Los Vera y los Rosado dejaron de saludarse. Unos días después, iba el verdugo del chancho por el despeñadero de El Calvo, prendido a las crines de su mula, cuando un balazo lo dejó colgado del estribo. La mula trajo a Martín Vera de a rastras, pero ya ninguna rezadora pudo ayudarlo a bien morir.
Huyeron los Rosado. Cuando los hijos de Martín les dieron caza en un convento vacío, cerca de Colimas, armaron un buen incendio a su alrededor. Los Rosado, treinta en total, tuvieron que elegir la muerte. Unos acabaron por fuego, hechos chicharrón, y otros por bala, hechos colador.
Ocurrió hace un año. Ya la selva ha devorado los plantíos de las dos familias, tierra sin nadie.

1912
Pajeú de Flores

Las guerras de familia

En los desiertos del nordeste del Brasil, los que mandan heredan la tierra y el odio: tierra triste, tierra muerta de sed, y odio que las parentelas perpetúan de generación en generación, de venganza en venganza, por siempre jamás. En Ceará hay guerra eterna de la familia Cunha contra la familia Pataca y practican el mutuo exterminio los Montes y los Feitosas. En Paraíba, los Dantas y los Nóbregas se matan entre sí. En Pernambuco, en la comarca del río Pajeú, cada Pereira recién nacido recibe de sus parientes y padrinos la orden de cazar su Carvalho; y cada Carvalho que nace viene al mundo para liquidar al Pereira que le toca.

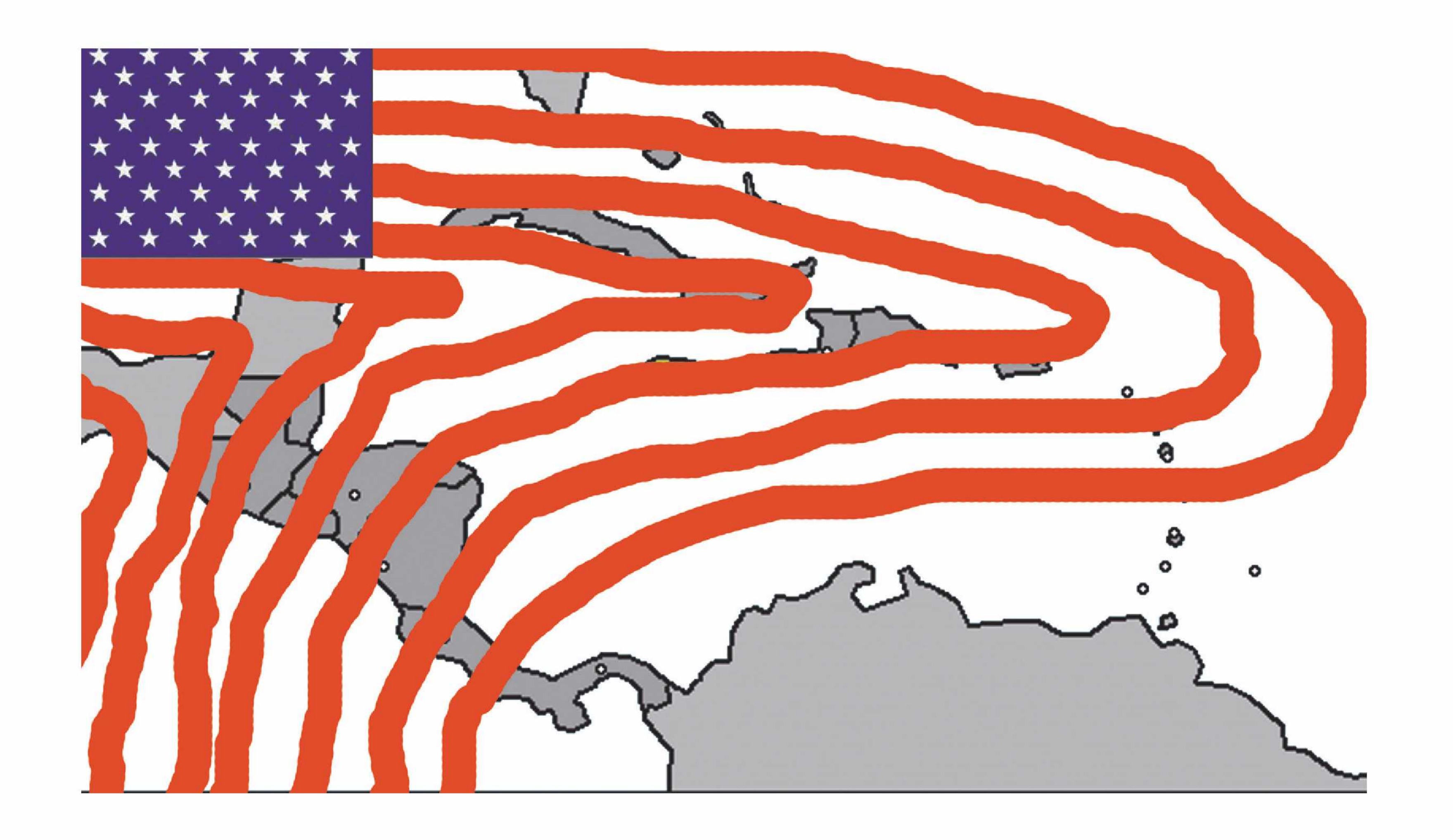
Del lado de los Pereiras, contra los Carvalhos, dispara sus primeros tiros Virgulino da Silva Ferreira, llamado Lampião. Casi niño todavía, se hace cangaceiro. No vale mucho la vida por estos parajes, donde no hay más hospital que el cementerio. Si Lampião fuera hijo de ricos, no mataría por cuenta de otros: mandaría matar.

1912
Daiquirí

Vida cotidiana en el mar Caribe: una invasión

La enmienda Platt, obra del senador Platt, de Connecticut, es la llave que los Estados Unidos usan para entrar en Cuba a la hora que quieren. La enmienda, que forma parte de la Constitución cubana, autoriza a los Estados Unidos a invadir y a quedarse y les atribuye el poder de decidir cuál es el presidente adecuado para Cuba.

El presidente adecuado para Cuba, Mario García Menocal, que también preside la Cuban American Sugar Company, aplica la enmienda Platt convocando a los *marines* para que desalboroten el alboroto: hay muchos negros sublevados, y ninguno de ellos tiene una gran opinión sobre la propiedad privada. De modo que dos barcos de guerra acuden y los *marines* desembarcan en la playa de Daiquirí y corren a proteger las minas de hierro y cobre de las empresas Spanish American y Cuban Copper, amenazadas por la ira negra, y los molinos de azúcar a lo largo de las vías de la Guantánamo and Western Railroad.



1912
Niquinohomo

Vida cotidiana en América Central: otra invasión

Nicaragua paga a los Estados Unidos una colosal indemnización por *daños morales.* Esos daños han sido infligidos por el caído presidente Zelaya, quien ofendió gravemente a las empresas norteamericanas cuando pretendió cobrarles impuestos.

Como Nicaragua carece de fondos, los banqueros de los Estados Unidos le prestan el dinero para pagar la indemnización. Y como además de carecer de fondos, Nicaragua carece de garantía, el secretario de Estado de los Estados Unidos, Philander Knox, envía nuevamente a los *marines,* que se apoderan de las aduanas, los bancos nacionales y el ferrocarril.

Benjamín Zeledón encabeza la resistencia. Tiene cara de nuevo y ojos de asombro el jefe de los patriotas. Los invasores no pueden derribarlo por soborno, porque Zeledón escupe sobre el dinero, pero lo derriban por traición.

Augusto César Sandino, un peón cualquiera de un pueblito cualquiera, ve pasar el cadáver de Zeledón arrastrado por el polvo, atado de pies y manos a la montura de un invasor borracho.

1912
Ciudad de México

Huerta

tiene cara de muerto maligno. Los lentes negros, fulgurantes, son lo único vivo de su cara. Veterano guardaespaldas de Porfirio Díaz, Victoriano Huerta se convirtió súbitamente a la democracia el día en que la dictadura cayó. Ahora es el brazo derecho del presidente Madero, y se ha lanzado a la cacería de revolucionarios. Al norte atrapa a Pancho Villa y al sur a Gildardo Magaña, lugarteniente de Zapata, y ya los da por fusilados, ya está el pelotón acariciando los gatillos, cuando el perdón del presidente interrumpe la ceremonia:

–*Vino la muerte a buscarme* –suspira Villa–, *pero se equivocó de hora.*

Los dos resucitados van a parar a una misma celda en la prisión de Tlatelolco. Conversando pasan los días y los meses. Magaña habla de Zapata y de su plan de reforma agraria y del presidente Madero, que se hace el sordo porque quiere quedar bien con los campesinos y con los terratenientes, *montado en dos caballos a la vez.*

Un pequeño pizarrón y un par de libros llegan a la celda. Pancho Villa sabe leer personas, pero no letras. Magaña le enseña; y juntos van entrando, palabra por palabra, estocada tras estocada, en los castillos de *Los tres mosqueteros.* Después emprenden viaje por *Don Quijote de La Mancha,* locos caminos de la vieja España; y Pancho Villa, el feroz guerrero del desierto, acaricia las páginas con mano de amante. Magaña le cuenta:

–*Este libro... ¿Sabes? Lo escribió un preso. Uno como nosotros.*

1913
Ciudad de México

Una soga de dieciocho centavos

El presidente Madero aplica un impuesto, un impuestito, a las jamás tocadas empresas petroleras, y el embajador norteamericano, Henry Lane Wilson, amenaza con la invasión. Anuncia el embajador que varios barcos de guerra avanzan sobre los puertos de México, mientras el general Huerta se subleva y embiste a cañonazos contra el Palacio Nacional.

El destino de Madero se discute en el Salón de Fumar de la embajada de los Estados Unidos. Se resuelve aplicarle la ley de fugas. Lo suben a un auto y al rato le ordenan bajar y lo acribillan en la calle.

El general Huerta, nuevo presidente, acude a un banquete en el Jockey Club. Allí anuncia que tiene un buen remedio, una soga de dieciocho centavos, para acabar con Emiliano Zapata y Pancho Villa y los demás enemigos del orden.

1913
Jonacatepec

El sur de México se crece en el castigo

Los oficiales de Huerta, veteranos en el oficio de masacrar indios rebeldes, se proponen limpiar las comarcas del sur incendiando pueblos y cazando campesinos. Cae muerto o preso todo el que encuentran porque, ¿quién que en el sur sea no es de Zapata?

El ejército de Zapata anda hambriento y enfermo, desflecado, pero el jefe de los sin tierra sabe lo que quiere y su gente cree en lo que hace; y ni las quemas ni las levas pueden contra eso. Mientras los diarios de la capital informan que *han sido destruidas por completo las hordas zapatistas,* Zapata vuela trenes, sorprende y aniquila guarniciones, ocupa pueblos, asalta ciudades y deambula a su antojo por montes y barrancas, peleando y amando como si nada.

Zapata duerme donde quiere y con la que quiere, pero entre todas prefiere a dos que son una.

Zapata y ellas

Eramos gemelas. Las dos éramos Luces, por el día en que nos bautizamos, y las dos Gregorias por el día en que nacimos. A ella le decían Luz y a mí Gregoria y ya allí estábamos las dos señoritas en la casa cuando el zapatismo llegó. Y entonces el jefe Zapata empezó a convencer a mi hermana de que se fuera con él:

–Mira, vente.

Y un mero 15 de septiembre pasó allá y se la llevó.

Ya después, en esto de andar andando, murió mi hermana, en Huautla, de un mal que le nombran, ¿cómo le nombran?, San Vito, mal de San Vito. Tres días y tres noches estuvo allá el jefe Zapata sin comer ni beber nada.

Estábamos acabando de arder las ceritas a mi hermana y ay, ay, ay, que él me lleva a la fuerza. Dijo que yo le pertenecía porque éramos una mi hermana y yo...